

Biblioteca Austriaca

Colección dirigida por
Juan Marcos de la Fuente

Marxismo desenmascarado

Ludwig von Mises

Marxismo desenmascarado

Prólogo de
Juan Pina



Unión Editorial

2020

© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Nicaragua, 17 • local • 28016 Madrid
Tel.: 913 500 228
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-794-9

Depósito legal: [En trámite]-2020

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

<i>Prólogo</i> , por Juan Pina.....	11
<i>Agradecimiento</i>	25
<i>Introducción</i>	27
La mente, el materialismo y el destino del hombre.....	39
Lucha de clases y revolución socialista.....	53
El individualismo y la revolución industrial.....	63
Nacionalismo, socialismo y revolución violenta	75
El marxismo y la manipulación del hombre	89
El surgimiento de la civilización moderna: El ahorro, la inversión y el cálculo económico	105
El dinero, el interés y el ciclo económico.....	119
Pérdidas y ganancias, propiedad privada y los logros del capitalismo	139
La inversión extranjera y el espíritu del capitalismo	153

Prólogo

por Juan Pina

Las conferencias que recoge este volumen, pronunciadas por Ludwig von Mises en el verano de 1952, lograron a todas luces su objetivo de desenmascarar el pensamiento marxista de la época ante quienes tuvieron la fortuna de estar presentes o las leyeron después. Casi siete décadas más tarde, al publicarse en nuestra lengua este texto —uno de los últimos del gran maestro de la Escuela Austriaca que aún quedaban por traducir—, sorprende la vigencia de sus ideas e intuiciones en relación con el pensamiento de Karl Marx, y no hay mucho que quepa añadir hoy. Merece la pena, en cambio, reflexionar sobre lo sucedido desde entonces y preguntarnos si los cambios realizados por los herederos de aquel marxismo, o la evolución general de la humanidad, requieren matizar o actualizar de alguna manera esta crítica.

Siete décadas de adaptación de todas las ideologías

Desde aquellos años de la posguerra mundial, todas las corrientes de pensamiento han tenido que mutar para irse adaptando a una realidad en vertiginosa evolución. Del socialismo occidental, marcado por la conflagración y por la división de Europa, surgió la socialdemocracia contemporánea, *à la* Olof Palme, que se adueñó de la centralidad ideológica durante décadas y se expandió por todo el mundo afectando de lleno, en el cambio de siglo, incluso a los mismísimos Estados Unidos

de América durante presidencias como las de Clinton y Obama. En su aplicación a la política práctica, el liberalismo clásico, la democracia cristiana y el conservadurismo adoptaron, al menos en Europa, una parte esencial del programa práctico de los socialdemócratas. También en la Europa libre, el resultado desastroso del otro lado del Telón de Acero llevó a gran parte de los comunistas a ensayar —sin demasiado éxito ni convicción— algunas propuestas menos autoritarias, como el «eurocomunismo», compatibles con el pluralismo ideológico y político. En las últimas décadas, tras la implosión del *socialismo real* en la URSS y su bloque geopolítico —y, como modelo teórico, en todo el mundo, incluidos los regímenes que aún lo practican—, se han sucedido los intentos de todas las ideologías por comprender el mundo posterior, es decir, el mundo de hoy. Ha sido abrupta pero incuestionable y definitiva la desaparición de la *posibilidad* del socialismo marxiano, del socialismo analizado por Mises en estas conferencias. Y el otro gran cambio de esta época es la revolución digital, de infinitas ramificaciones en la sociedad y la economía.

La adaptación de los sistemas de ideas a esta nueva realidad ha sido, sin embargo, desigual. Casi todas las ideologías se han adaptado a regañadientes, por pura necesidad. Entre quienes sí han abrazado con entusiasmo los avances tecnológicos y sus efectos de empoderamiento del individuo, podemos contar únicamente a las familias más valientes del liberalismo y a su gran *spin off*, el libertarismo contemporáneo, cuyo pase *de las musas al teatro* podemos datar, por emplear un hito significativo, a partir de 1971. No en vano, ese es el año en que se funda en los Estados Unidos el primer partido político formalmente denominado libertario, y es también el año del llamado *Nixon shock*, es decir, el año en el que la macroestructura de gobernanza política que conocemos como Estado se quita la careta del todo, en lo que respecta a su manejo artificial y manipulador de la economía, hurtando a la sociedad la institución económica fundamental: el dinero. Mises fallece poco después, en 1973, sin haber visto las consecuencias de la

paulatina generalización mundial de la falsificación estatal de la moneda.

Al contrario que los libertarios y los liberales clásicos más auténticos, las demás ideologías moderadas del marco democrático, tanto de derechas como de izquierdas, se van adaptando al mundo de la posguerra fría y a la era digital por pura obligación indeseada, y nunca abandonan su adicción al Estado. Por su parte, tras el baño de realidad sufrido en 1989, la izquierda más dura, alumbrará movimientos tendentes a actualizar la estética y camuflar la esencia sin hacer demasiada autocritica, siendo el más destacable el *socialismo del siglo XXI* emanado del Foro de São Paulo.

A quién «pertenece» este vertiginoso cambio cultural

A partir de mediados de los años sesenta, y ya de lleno en la década siguiente, comienza en Occidente un avance considerable del inconformismo respecto al *statu quo* cultural y moral heredado de las generaciones anteriores, que es a su vez un conjunto de vestigios del mundo tradicional pre-liberal. Esto se traduce en la liberación del individuo frente a los corsés que antes le venían impuestos por la raza, el sexo, la orientación sexual, la tradición religiosa, etcétera. Se produce —primero en los países capitalistas de raíz cultural europea, y después poco a poco en el mundo entero—, una importante emancipación del individuo frente al colectivo, y esto naturalmente afecta tanto al orden tradicional-conservador como, de lleno, al orden marxiano-socialista. De hecho, desenmascara la similitud entre esos dos modelos, frente a la emancipación individual que ambos detestan.

Los regímenes del otro lado del Telón de Acero reaccionan con disgusto frente al nuevo marco de libertades personales, que califican como un conjunto de vicios burgueses, y lo perciben acertadamente como una amenaza a las bases de su modelo social y a su lenta, anodina y plana construcción

del socialismo. Es una constante que los socialistas, una vez en el poder, se vuelven extremadamente conservadores en materia cultural y moral. El socialismo, como el conservadurismo, pretende meter a la sociedad en una urna de cristal y preservarla inalterada, matando toda posibilidad de evolución. La única diferencia es que el conservadurismo quiere hacerlo con la sociedad tradicional, y el socialismo con la sociedad «científicamente» cincelada para el «hombre nuevo», un mero autómatas obediente al Estado.

Es interesante ver cómo los conservadores y los socialistas, tanto los moderados como los que tensan sus posiciones hasta incurrir una vez más en ambas formas de populismo, se acusan hoy mutuamente de ser los «culpables» de toda esa emancipación de los individuos —para ellos detestable—, primero cultural (años sesenta-ochenta) y ahora sobre todo digital (desde los años noventa). Para la izquierda más ortodoxa, estamos ante una suerte de «degeneración» burguesa y ante un capitalismo de birlibirloque, de unos y ceros, que no logra comprender porque ya no responde a su obsesiva visión productiva, industrial y nacional de las economías. La izquierda rancia culpa a la derecha de este individualismo desbocado, pero curiosamente la derecha rancia hace exactamente lo opuesto. Para la derecha más convencional, es la izquierda la que ha impulsado procesos tan «peligrosos» como la emancipación femenina, el fin del racismo, la liberación LGBTI, la secularización y tantos otros movimientos recientes o actuales de cambio cultural, y lo ha hecho en virtud de una perversa agenda secreta orientada a la destrucción del marco tradicional de valores. Así, la derecha menos liberal habla con frecuencia de «marxismo cultural» y percibe una oscura cábala orquestada por la Escuela de Francfort, que en realidad solo fue una más de las innumerables escuelas de pésimos economistas de izquierdas. Y en cuanto al mundo digital, el conservadurismo exhibe con frecuencia una pulsión controladora equivalente a la de la izquierda, y se lamenta de cómo la revolución digital cuestiona la gobernanza convencional de las sociedades,

al desjerarquizar la empresa, la cultura y, algún día —qué duda puede haber—, también la política. Conservadores y socialistas coinciden, pese a sus puntos de fricción, más entre sí que con los impulsores de la Libertad individual. El mapa de las ideologías elaborado por David Nolan en 1969 refleja con precisión esta realidad.

Desde nuestro ángulo visual, paralelo a la red de ese partido de tenis izquierda-derecha, los libertarios —y creo que también muchos liberales clásicos— contemplamos el juego bastante entretenidos. Las acusaciones mutuas son estériles. Lo que se ha producido desde la posguerra mundial hasta hoy, y continúa, es un proceso inédito en la historia humana que nos lleva hacia la liberación —inconsciente y a veces incluso no deseada— del individuo. Muchos se resisten porque el miedo a la libertad, o más precisamente a la responsabilidad que conlleva, está muy enraizado. Pero, pese a ello, va alcanzando poco a poco hasta el último rincón del planeta, a golpe de tecnología. Sucede en paralelo con el desgaste del Estado, hoy ya muy profundo incluso cuando se trata de un Estado democrático.

No, por más que se acusen mutuamente, el cambio cultural que ha liberado a millones desde la Segunda Guerra Mundial no ha sido obra ni de la izquierda ni de la derecha, y en realidad ha ocurrido a pesar de ambas. Nos encantaría a los libertarios apuntarnos el tanto, pero tampoco ha sido una victoria nuestra: ha sido el triunfo paulatino de la pulsión individualista innata en los seres humanos, que somos seres sociales, sí, pero queremos serlo mediante acuerdos voluntarios, en un orden social, cultural y económico espontáneo y desinteresado. Esa pulsión siempre había estado sujeta por formidables ataduras físicas, pero es un hecho incontrovertible que cada vez que el capitalismo produce un avance tecnológico que aporta un milímetro más de opciones a los individuos, estos lo ocupan de inmediato y ya no hay marcha atrás. La Libertad es el instinto más fuerte y el valor más alto, incluso cuando no se es consciente de ello. Se nos pueden contar innumerables cuentos sobre las maravillas de la unión en el seno

de la sociedad, sobre el comunitarismo con tintes derechistas o izquierdistas, sobre el orden de los conservadores o sobre la igualdad de los socialistas, pero la pura realidad es que los individuos, cuando tienen la oportunidad de conquistar espacios, lo hacen de forma innata, inmediata y sin la menor vacilación, en detrimento de todos esos mitos colectivistas que sostenían el poder estatal. Y así, este se va erosionando inevitablemente, arrollado por la devolución de la soberanía al individuo.

No es tan difícil de entender, ni ha habido malévolos sandedrines planificando en secreto las últimas siete décadas. Primero se produjo la reconstrucción de los cuarenta y cincuenta, luego vino la bonanza económica de los sesenta y un largo periodo de paz mundial —o de guerra solo «fría», aunque trufada de conflictos de baja intensidad— que permitió a las personas, en Occidente, volver a centrarse en sí mismas y en sus planes privados. Con ello y con una incipiente mejora tecnológica, los seres humanos se libraron de las ataduras tradicionales derivadas de la etnicidad, del género y de otras condiciones personales. Después, los movimientos contraculturales cuestionaron los viejos paradigmas sociales, afectando tanto a los modelos conservadores como a los socialistas. Fue, por ejemplo, el tiempo de la revolución espiritual —con movimientos como el *New Age*— respecto a las viejas creencias. Y finalmente, como el capitalismo no se detiene, la tecnología comenzó a brindar a los individuos, ya en los noventa, el control de la información. Es decir, comenzó la implantación de un marco inédito hasta entonces, en el que el individuo tiene a su disposición cantidades inabarcables de datos, conocimiento e información y, sobre todo, tiene también la capacidad, no solo de consumir ese conocimiento, sino de publicar. Surge así una *red social* profunda que es completamente distinta de todas las anteriores: no se trata ya de una red *descenralizada*, sino eminentemente *distribuida*, que difumina o disuelve muchos nodos de paso otrora incuestionables, hasta llegar a amenazar al mismísimo Estado.

En efecto, esta topología de red, la distribuida, brinda soluciones no estatales que empoderan al individuo. Un hito cuya magnitud es tan grande que aún no somos capaces de aprehender cabalmente, es la tecnología *blockchain*, con infinitas aplicaciones de interacción segura entre particulares y, al mismo tiempo, con el anonimato que el Estado intenta arrebatarnos para seguir desempeñando un papel que en realidad cada día hace menos falta y provoca mayor rechazo: el de intermediario forzoso de las relaciones privadas de toda índole. El Estado podía llegar a entenderse como un entramado institucional conveniente o inevitable cuando había que gestionar la escasez de opciones ante las infinitas decisiones a adoptar, y el bienestar de todos dependía de que una élite estatal acertara a tomar las decisiones correctas, que serían después las ejecutadas por todos. Por ello fue tan importante, en los últimos tres siglos, establecer una relación entre gobernantes y gobernados que no obedeciera al interés de los primeros, generalmente organizados como una oligarquía, y por ello prosperó el modelo democrático frente al dictatorial. Pero hoy sobra incluso mucho, muchísimo, de cuanto constituye el Estado actual, incluso en su manifestación democrática, porque su proliferación y su expansión capilar, con la eterna excusa de la legitimidad popular, está asfixiando la actividad económica, dirigiendo la creación cultural e inmiscuyéndose en los comportamientos particulares.

El mundo digital entierra el marxismo

Cuando, a partir de mediados de los noventa, la revolución digital comenzó a extenderse por todo el mundo, la izquierda superviviente de la caída del Muro de Berlín albergó sentimientos opuestos, y los sigue teniendo hasta hoy: por un lado es obviamente incapaz de cuestionar la que probablemente sea la tecnología más inductora de la igualdad en todos los tiempos; pero, por otro, sospecha acertadamente que estamos

ante otro disruptivo empujón al individuo libre, en detrimento del colectivo y del Estado.

La aceleración de los procesos de cambio social y cultural —que es una de las características esenciales de nuestra época, si no la principal— se debe fundamentalmente al progreso vertiginoso de la ciencia y la tecnología, y, en particular, de las herramientas que facilitan la comunicación, la información y las interacciones humanas directas, ajenas por lo tanto al conocimiento, control o permiso estatal. Estas herramientas llevan ya más de un cuarto de siglo con nosotros y están edificando todo un paradigma nuevo en las relaciones humanas. Es un modelo bastante diferente del que Marx y Mises vivieron en sus siglos respectivos. En este marco, la instantaneidad, la sencillez de uso y el coste casi nulo caracterizan el amplísimo conjunto de opciones que están a la disposición de los usuarios, y estos son —o van camino de ser—, horizontalmente, *todos* los seres humanos del planeta, sin las distinciones por casta, sexo o nacionalidad que antaño resultaban infranqueables. El nuevo mundo digital está convirtiendo al marxismo en un trasto aún más viejo que en los tiempos de Mises, porque produce tres efectos letales para las ideas de Karl Marx.

En primer lugar, destruye el marco social y territorial del marxismo. Por más que el pensamiento de Marx y los eslóganes de las sucesivas *internacionales* obreras proyectaran un ideal «ecuménico» del socialismo sin fronteras, el *mindset* práctico de socialistas y comunistas siempre fue el del Estado-nación, y los regímenes comunistas incurrieron con frecuencia en unos niveles de nacionalismo equivalentes a los del fascismo. Ahora, de un plumazo, la ciencia y la tecnología nos han llevado a dar pasos de gigante en la difuminación de las fronteras de esos Estados-nación, poniendo el cosmopolitismo al alcance de cualquier individuo, y la globalización al alcance de cualquier empresa. Sin haber gobernando casi nunca, casi en ninguna parte, parece como si los libertarios hubiéramos tomado el poder mundial, en este terreno. De hecho, resulta curioso

ver cómo la única ideología actual decididamente aceleracionista del progreso científico-tecnológico, *early adopter* convencida de cuanto contribuye al empoderamiento del individuo, es el libertarismo, mientras todas las demás, a la derecha y a la izquierda del espectro político convencional, se muestran temerosas e incómodas, y claman por regularlo todo, pagando gustosos el precio indigno de retroceder, a estas alturas y contra el sentido del progreso, en materia de libertades personales. No es casualidad que los regímenes de inspiración marxista se den hoy, invariablemente, en países cerrados a cal y canto frente a la influencia exterior.

En segundo lugar —y bastante más grave para el marxismo—, el mundo digital acaba con la diferencia entre patronos y obreros. Queda definitivamente enterrada la lógica torcida según la cual los «medios de producción» y su propiedad eran el factor relevante de las relaciones económicas. En la actual y futura economía del conocimiento, el gran medio de producción es la mente humana, y todo lo demás es de una relevancia casi nula. Los tristes, famélicos y polvorientos obreros de las fábricas de la revolución industrial inglesa, tantas veces puestos por el marxismo como ejemplo máximo de la perversión que a su juicio acompaña a la libertad económica, no se han visto sustituidos por una versión 2.0, digital, sino que sencillamente han desaparecido en Occidente y tienden también a desaparecer en las zonas del planeta que aún se encuentran en vías de desarrollo. Se han disuelto en la cómoda burguesía y presentan hoy, orgullosos, unos niveles de bienestar y longevidad que jamás habrían soñado los más ricos aristócratas en tiempos de Marx. Y esa es la obra del capitalismo en nuestro tiempo: el mundo de unos y ceros está liberando a millones de individuos de la pobreza, de la enfermedad y de la incomodidad, y lo hace a una velocidad jamás imaginada en el pasado. Obviamente no va igual de deprisa en todas partes, pero, obviamente también, terminará alcanzando a toda la humanidad. Sin ser igualitaristas —más allá de la igualdad jurídica—, las ideas de la libertad, que inevitablemente acompañan a la

revolución digital, están haciendo más que cualquier gobierno socialista por equiparar a trabajadores y empresarios, mostrando que en realidad ambos son lo mismo. En este mundo de intangibles, el «trabajador» de hoy y de mañana, dueño de su medio de producción, su mente, es en realidad un *empresario*, por pequeño que sea e incluso si acuerda proveer en exclusiva a otro empresario y ejercer sus tareas en la oficina de este.

Y, claro, como consecuencia de lo anterior se da el tercer efecto de la revolución digital, que es la acelerada desaparición de la idea misma de clases sociales. Para Marx las *herramientas* eran en exceso determinantes, como critica Mises, pero cuando la gran herramienta es la mente y su conocimiento, ya no hay una «clase» desposeída de la propiedad de esa herramienta, pues es universal. El concepto de clase social se disuelve como un azucarillo porque la tecnología ha liberado a cada ser humano de las clasificaciones grupales que eran esenciales para la visión marxista. Conviene recordar que la movilidad social, que superó el viejo orden tradicional de castas y estamentos, fue la maravillosa consecuencia social y cultural del capitalismo —y, en política, lo fue de la igualdad ante la ley que trajo el liberalismo clásico—. Los regímenes socialistas, contra lo manifestado en sus solemnes proclamas, no fueron más allá por esa senda, y frecuentemente dieron pasos atrás. La única diferencia fue que las castas y estamentos, en el *socialismo real*, ya no se basaban en el nacimiento sino en la capacidad de escalar en el sistema político hasta alcanzar los privilegios de la *nomenklatura*. Era una movilidad social muy lenta y reservada a una pequeña minoría, de forma que no pudieran darse cambios demasiado disruptivos, pero seguía habiendo —y sigue habiendo en los regímenes socialistas y comunistas actuales— una distribución social bastante estamental. El mundo digital acaba con eso. No es que genere la igualdad de resultados anhelada por los ideólogos socialistas, sino que impulsa algo mucho más sensato: una fuerte correlación entre mérito y resultado, especialmente allí donde una economía

realmente libre impide un desempleo elevado, por lo cual los empleados cuentan con buenas oportunidades tanto de negociar sus condiciones como de, llegado el caso, cambiar de empresa o montar la suya.

Y si no hay clases, obviamente no puede darse la lucha entre ellas, que Mises considera como el «concepto fundamental» del Manifiesto Comunista. «Las clases no existen en la naturaleza: es nuestro pensamiento, al organizar en categorías, el que construye el concepto de clases en nuestra mente», escribe Mises, y afirma rotundamente que no es siquiera posible emplear el término de la manera que Marx pretendía. Ciertamente, la era digital ha remachado esa imposibilidad.

Cabe una última reflexión sobre el rumbo de la Humanidad en esta era digital. Marx se mostraba plenamente convencido de que el advenimiento del socialismo era inevitable. Se trataba de una simple cuestión de tiempo: el tiempo justo para que se dieran en cada lugar las condiciones necesarias para ello. De hecho, como nos recuerda Mises, Marx consideraba que la misión del Partido Socialista no era inducir un cambio sino acompañar esa evolución natural que, en cualquier caso, habría de llevarnos a todos al socialismo. Setenta años después, el tiempo transcurrido no solo confirma lo acertado de la crítica mieseana a esa idea tan arrogante como irreal, sino que nos permite visualizar exactamente la tendencia opuesta. La red social profunda —que siempre viene marcada por la tecnología del conocimiento y de la interacción humana propia de cada época—, tiene hoy una estructura distribuida y desjerarquizada, con pocos y variables nodos de paso. Es una malla global de individuos más autónomos que nunca antes, los cuales escogen, en un orden descoordinado, sus diversos valores y sus millones de planes de acción, cooperando espontáneamente unos con otros. Lo hacen en grupos grandes o pequeños, de forma voluntaria, generalmente temporal y siempre revocable. Esa realidad, nacida en los noventa e incipiente incluso al iniciarse la tercera década del siglo XXI, se está expandiendo como una mancha de aceite y terminará por alcanzar

al conjunto de nuestra especie. Y el resultado es una sociedad completamente distinta de la que Marx pronosticó. De parecerse a algo, se asemejará más a la visión libertaria o incluso anarcocapitalista que a cualquier forma de socialismo.

La máscara del marxismo es irrecuperable

En 1952 era tarea prioritaria y urgente desenmascarar el socialismo, y Mises lo hizo con particular claridad. A la vista de la realidad actual del marxismo, encarnado sobre todo en el *socialismo del siglo XXI*, resulta evidente que hoy es igual de importante que entonces *combatirlo*, pero quizá no sea tan necesario *desenmascararlo*, porque parece a todas luces una misión ya cumplida. La máscara del marxismo es irrecuperable. Desde los años posteriores a la implosión soviética, la izquierda extrema ha intentado uno y mil camuflajes. Movimientos y partidos políticos como Syriza o Podemos han intentado revestirse de inconformismo y rodearse de un aura librepensadora y de una estética algo ácrata —que los marxistas ortodoxos tachan de «indefinida» o «hippie»— para hacerse atractivos a las categorías de individuos cuya emancipación comenzó a lo largo de estas siete décadas pero aún no está perfectamente culminada. Exacerban así su apoyo a diversos colectivos, pero esa estrategia es pan para hoy y hambre para mañana, porque resulta obvio que en pocos años ya estarán más que superados todos esos flecos. Si acaso, están poniendo en riesgo algunos de los avances pro-libertad individual de estos últimos tiempos al exagerar la nota induciendo regulaciones que vulneran la igualdad ante la ley o criminalizan a otros grupos.

Han tratado también los marxistas actuales de evitar en su narrativa las etiquetas, los conceptos y los términos que pudieran recordar a la vieja izquierda comunista, pero, si eso pudo engañar a algunos al principio, el paso de los años y la praxis política han revelado claramente que no guardan apenas diferencias con el comunismo convencional de siempre. Ya ni

siquiera se esmeran en ello. Y, por supuesto, en los países donde han podido gobernar sin frenos, como Bolivia, Nicaragua y, notablemente, Venezuela, por más que inicialmente hayan intentado reenmascararse, el resultado ha sido una rápida deriva que impide encontrar hoy diferencias significativas con los regímenes del *socialismo real* o con dictaduras actuales como la cubana. Hoy las nuevas formas de socialismo se perciben ya como remedos de las formas pasadas, y nadie duda de que los interminables debates inspirados por el Foro de São Paulo solo han servido para dar vueltas sobre lo mismo. En ese campo ideológico no hay nada nuevo bajo el sol que resulte digno de mención, y mientras tanto el mundo evoluciona deprisa y ya no hay disfraz, máscara ni capa de maquillaje que pueda ocultar la agonía terminal del pensamiento marxista. Por eso está empezando a notarse un cambio de estrategia. El peor posible. El que vemos también en la derecha radical. El crudo retorno a las posiciones más ortodoxas y populistas de ayer, ahora ya sin medias tintas ni paños calientes, porque se han dado cuenta de que no les sirven. Saben que no les queda otro camino, que ensayar modelos aparentemente innovadores, con mucha asamblea pseudoparticipativa y con mucha estética antisistema y supuestamente empoderadora del ciudadano, no les ha resultado rentable. Y van a volver a impulsar de forma más abierta un marco de gobernanza mucho más autoritario. Esto coincide con el repliegue general de todo el estatismo, incluso el democrático, hacia formas más duras, como respuesta a la amenaza digital que pende sobre los Estados como una espada de Damocles.

Las conferencias de Ludwig von Mises constituyen una lectura ágil que nos da munición intelectual para resistir ante las nuevas ofensivas del socialismo. Su lógica aplastante nos permite exponer por qué el marxismo es un inmenso conjunto de errores intelectuales, pero tan compacto, con tanta coherencia interna, y tan bien enmascarado, que durante mucho tiempo había logrado seducir a millones. Pertrechados de munición miseana y con el respaldo de esa formidable aliada que

es la revolución digital, no hay batalla ideológica que no podamos ganar los partidarios de la Libertad, a menos que desistamos por comodidad, cobardía o estupidez. No lo hagamos. Parfraseando a nuestros adversarios, «Mises vive, la lucha sigue».

Agradecimiento

Las conferencias de Ludwig von Mises contenidas en *Marxismo desenmascarado* fueron impartidas en la Librería Pública de San Francisco entre el 23 de junio y el 3 de julio de 1952, bajo el patrocinio de la revista *The Freeman*. Estas conferencias fueron transcritas palabra por palabra por la señora Bettina Bien Greaves, ella muy amablemente las puso a disposición de la Foundation for Economic Education para su publicación. La señora Bettina Bien Greaves ha trabajado como parte del personal de la FEE durante prácticamente 50 años, jubilándose en 1999. Junto a su marido Percy L. Greaves, han sido amigos y asociados de Ludwig von Mises desde hace mucho tiempo. De hecho, pocas personas en el mundo conocen tan bien las ideas de Mises como ella.

La publicación de estas conferencias ha sido posible gracias a la amable y generosa contribución del señor Sheldon Rose de Farmington Hills, Michigan, y a la fundación Richard E. Fox de Pittsburgh, Pennsylvania. Especialmente le damos las gracias al señor Michael Pivarnik, director ejecutivo de la Fundación Fox, por su dedicada entrega a las ideas de la Escuela Austriaca de Economía, y a Ludwig von Mises en particular.

La señora Beth Hoffman, responsable editorial de la revista mensual *The Freeman* de la FEE ha supervisado todo el proceso de preparación del manuscrito, su cuidado detalle en la elaboración del producto queda reflejado en la versión final.

Introducción

El economista austriaco Ludwig von Mises impartió estas 9 conferencias entre los días 23 de junio y 3 de julio de 1952, en San Francisco, en un seminario patrocinado por la revista *The Freeman*. Hemos titulado estas conferencias como *Marxismo desenmascarado*. Un profesor de historia quien recibió una beca de estudio para el seminario, tras concluir el programa escribió a la revista diciendo:

Las conferencias eran provocadoras, estimulantes y enriquecedoras. Como clásica exposición de las virtudes del individualismo y la maldad del socialismo, dotado con una magnífica calidad académica, las conferencias eran inigualables. No quiero decir que me haya convertido por completo a las ideas del profesor Mises, pero digo que cualquier estudiante o profesor de ciencias sociales que no se pare a pensar y reflexionar en estas ideas es descuidado y desinformado, si no peor. Este fue el sentimiento que el seminario me dejó. Realmente algunas de estas ideas las entiendo mejor ahora que hace un mes.¹

Es importante recordar la situación en la que el mundo se encontraba en 1952 cuando Ludwig von Mises impartió estas conferencias. Por todas partes en el mundo el socialismo Soviético parecía ir viento en popa. La Segunda Guerra Mundial había dejado a Europa del Este en las manos de la Unión Soviética. En 1949 China cayó bajo el control de los ejércitos comunistas de Mao Zedong. En junio de 1950 se inició la Guerra de Corea, y en 1952 los ejércitos de EE.UU. bajo la

¹ Carta de Robert Miller, «From a History Teacher», *The Freeman* (11 de Agosto de 1952), pp. 752, 782.

bandera de las Naciones Unidas se encontraban en una sangrienta lucha a lo largo del paralelo 38° contra las fuerzas comunistas de China y Norcorea. Al mismo tiempo los franceses se encontraban en un interminable conflicto colonial en Indonesia contra la guerrilla comunista de Ho Chi Minh.

En Occidente, un amplio número de intelectuales estaban convencidos de que el socialismo estaba del lado correcto de la historia, bajo el liderazgo del camarada Stalin en el Kremlin. Los partidos comunistas en Francia y en Italia contaban con grandes números de afiliados, y seguían cada cambio ideológico adoptado por Moscú. Incluso muchos de los que estaban en contra de la violencia practicada por el socialismo soviético seguían pensando que las economías planificadas funcionarían mejor. Un importante profesor de ciencias políticas de la Universidad de Chicago incluso declaraba en 1950, «la planificación es el futuro, de esto no cabe duda, la única pregunta es si será una planificación democrática dentro de una sociedad libre, o una del tipo totalitario».²

Tanto en Europa como en Estados Unidos se pensaba que el capitalismo, dejado sin regulación, conduciría únicamente a la explotación, la miseria y la injusticia social. Los gobiernos a ambos lados del Atlántico estaban introduciendo cada vez entramados intervencionistas más enrevesados, y las medidas estatistas del estado del bienestar se suponía conseguirían aliviar lo que los socialistas llamaban las crueldades de la economía de mercado. Y debido a la carga de la guerra en Corea, el gobierno estadounidense había incrementado la carga fiscal sobre los ciudadanos estadounidenses con un sistema de control de precios y salarios que impedía el correcto desarrollo de la actividad económica.³

² Charles E. Marriam, «The Place of Planning», en Seymour E. Harris (ed.), *Saving American Capitalism*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1950, p. 161.

³ Sobre la importancia del sistema de precios de libre mercado, incluso durante las épocas especiales de guerra, vea *Tratado de la Acción Humana*, de Ludwig von Mises (Unión Editorial), también F.A. Hayek, «Prices versus

La fuente principal e ímpetu que el mundo entero tenía por las ideas socialistas provenía de los escritos de Karl Marx, él decía haber descubierto las leyes fundamentales del desarrollo histórico de la humanidad, que conducirían a la caída del capitalismo y al triunfo del socialismo, seguido por una transición final a una feliz sociedad post-escasez paraíso comunista. Durante la intermedia etapa socialista de paso al comunismo, Marx declaró, se produciría una «revolucionaria dictadura del proletariado», esta dictadura impediría que las viejas clases dirigentes capitalistas volvieran a tomar el poder y «reeducarían» a los trabajadores para dotarlos de una «conciencia superior», libre de las previas ideas de mentalidad burguesa.⁴

Lo que hace el entero proceso irreversible e inescapable, Marx insistía, era que los medios de producción siguen transformaciones tecnológicas en una serie de etapas históricas que están fuera descontrol del hombre. Cada una de estas etapas de transformación requiere un específico conjunto de relaciones institucionales humanas para la completa culminación de ese potencial tecnológico. Lo que las personas, en su limitada y subjetiva visión del mundo asumen ser los fundamentos de la vida humana, la moral, la familia, la propiedad privada, la fe religiosa, las costumbres y las tradiciones, etcétera, esto es meramente elementos temporales de la «superestructura» de una sociedad sirviendo el propósito de las fuerzas productivas materialistas de cada una de estas etapas históricas. Por lo tanto, incluso «la conciencia» —las ideas del hombre sobre sí mismo y sobre el mundo es resultado del lugar en particular y el rol en el proceso de evolución histórica.⁵

Rationing» y «The Economy of Capital» [1939], en Bruce Caldwell (ed.), *The Collected Works of F.A. Hayek*, vol. X: *Socialism and War*, Chicago, University of Chicago Press, 1997, pp. 151-60. [Trad. Esp.: *Socialismo y guerra*, Unión Editorial, Madrid, 1999].

⁴ Véase «Crítica del Programa de Gotha» de Karl Marx (1875), en *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, W.W. Norton, 1972, pp. 382-98.

⁵ «Contribución a la Crítica de Política Económica» (1859), Karl Marx, en *ibíd.*, pp. 4-5.

La clase social a la que pertenece cada persona en la sociedad, de acuerdo a Marx, está determinado por su relación a la propiedad de los medios de producción. Aquellos que poseen los medios de producción en una sociedad capitalista, deben por necesidad histórica, explotar al resto de personas quienes ofrecen su mano de obra para ser empleados. La clase capitalista vive a expensas de la clase trabajadora expropiando en forma de «beneficios» parte de lo que los trabajadores han producido en su trabajo. Y por eso, estas dos clases sociales están en un conflicto irreconciliable por el fruto material del trabajo humano. Este conflicto alcanza su clímax máximo con el violento derrocamiento del poder de los explotadores por parte de los proletarios, quienes sufren un incremento de la miseria económica durante la muerte final del sistema capitalista.⁶

Bajo el nuevo sistema socialista que reemplaza el capitalismo, los medios de producción serán nacionalizados y centralizados para la producción planificada para beneficiar a la gran mayoría de la gente, y ya no serán utilizados en exclusiva con el objetivo de la obtención de beneficios en provecho de los propietarios capitalistas. La economía planificada generará una prosperidad material mucho mayor de la obtenida bajo el capitalismo, los avances tecnológicos y el aumento de la producción no solo acabarán con la pobreza sino que llevarán a la sociedad a un nuevo nivel de abundancia material, en el que toda forma de deseo físico o preocupación será una cuestión del pasado. Esta última etapa del comunismo creará un paraíso en la tierra para toda la humanidad.⁷

⁶ «El Manifiesto Comunista», de Karl Marx y Friedrich Engels (1848), en *ibid*, pp. 331-62.

⁷ En referencia al sentimiento paternalista, la planificación, y el paraíso en la tierra a lo largo de los siglos mira el libro de Alexander Gray, *The Socialist Tradition: Moses to Lenin* [1946], Nueva York, Harper & Row, 1968, y el libro de Igor Shafarevich, *The Socialist Phenomenon* [1975], Nueva York, Harper & Row, 1980.

Ha habido muchos críticos del socialismo y el marxismo a lo largo del siglo 19 y el siglo 20, uno de los más destacados fue el economista francés Paul Leroy-Beaulieu, quien en 1885 esbozó un elaborado y devastador análisis del colectivismo, señalando su amenaza contra la libertad personal y la prosperidad económica.⁸ En 1896 uno de los profesores de Ludwig von Mises en la Universidad de Viena, economista austriaco e internacionalmente conocido Eugen von Böhm-Bawerk publicó la más demoledora crítica contra la teoría del valor-trabajo y su componente la teoría de la explotación del trabajador en el capitalismo.⁹ Incluso también se publicaron varias novelas anti-utopía que retrataban los desastrosos efectos que se avecinaban con el socialismo.¹⁰

Pero ninguno de estos escritores llegó a tener la calidad argumentativa en demostrar la disfuncionalidad del sistema socialista de planificación central como Ludwig von Mises. Durante la Primera Guerra Mundial y en el periodo que siguió existía una entusiasta confianza de que había llegado el momento para la planificación de los gobiernos. Los controles de precio y salario impuestos durante la guerra por los comités de producción planificada fueron considerados por muchos una extensión de una paz planificada.

⁸ Paul Leroy-Beaulieu, *Collectivism* [1885], Londres, John Murray, 1908, en Leroy-Beaulieu y otros de los primeros críticos del socialismo de la planificación central. Véase Richard M. Ebeling, *Austrian Economics and the Political Economy of Freedom*, Northampton, Mass., Edward Elgar, 2003, Capítulo 4: «Economic Calculation Under Socialism: Ludwig von Mises and His Predecessors,» pp. 101-35.

⁹ Eugen von Böhm-Bawerk, «Karl Marx and the Close of His System» [1896], en *Shorter Classics of Eugen von Böhm-Bawerk*, South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1962, pp. 201-302; véase también H.W.B. Joseph, *The Labor Theory of Value in Karl Marx*, Londres, Oxford University Press, 1923.

¹⁰ Eugene Richter, *Pictures of the Socialistic Future* [1893], Londres, Swan Sonnenschein, 1907.

Tras la revolución bolchevique en Rusia en 1917, el régimen marxista de Lenin impuso la guerra del comunismo en 1918, promoviénola no solo como un instrumento de lucha contra los ejércitos de Blancos anticomunistas durante los 3 años de guerra civil en Rusia, pero también como el Gran Salto Adelante para alcanzar una sociedad de planificación total. Y tras acabar la guerra en noviembre de 1918, los nuevos partidos socialdemócratas en Alemania y Austria declararon que el momento para la «socialización» y la economía planificada había finalmente llegado.¹¹

En 1919, en un congreso de la Sociedad de Economía Austriaca, Mises presentó un paper sobre «El Cálculo Económico en el Sistema Socialista», el cuál fue publicado en una importante revista de habla alemán en 1920,¹² después Mises incorporó este artículo como parte de un tratado sobre el colectivismo publicándolo 2 años más tarde en 1922, en español titulado *Socialismo: Análisis económico y sociológico*.¹³

Mises se dio cuenta que la mayoría de autores que habían criticado el socialismo habían señalado muy acertadamente que un sistema económico basado en la planificación por parte del gobierno crearía una de las más oscuras dictaduras jamás vista. Con toda la producción, el empleo, y la distribución de

¹¹ Sobre el fracaso de los primeros intentos de nacionalización y planificación en Rusia, Alemania y Austria, véase Arthur Shadwell, *The Breakdown of Socialism*, Londres, Ernest Benn, 1926, pp. 23-131.

¹² Ludwig von Mises, «Economic Calculation in the Socialist Commonwealth» [1920], en F.A. Hayek (ed.), *Collectivist Economic Planning: Critical Studies on the Problem of Socialism*, Londres, George Routledge, 1935, pp. 87-130; reimpresso en Israel M. Kirzner (ed.), *Classics in Austrian Economics: A Sampling in the History of a Tradition*, vol. III, Londres, William Pickering, 1994, pp. 3-30.

¹³ Ludwig von Mises, *Socialism: An Economic and Sociological Analysis*, Indianapolis, Liberty Classics [1922; traducción inglesa de 1936, y edición revisada de 1953], 1981; Mises después redefinió y restableció su crítica del socialismo de planificación central en *La acción humana*, Irvington-on-Hudson, N.Y., Foundation for Economic Education [1949; ediciones revisadas de 1963, 1966] 1996, pp. 200-31, 689-715.

bienes bajo un completo control y poder del estado, la fortuna y destino de cada individuo quedaría a merced de la autoridad política. Además, estos primeros oponentes del socialismo habían explicado cómo al eliminar la propiedad privada y la libertad de empresa, las personas carecerían del incentivo que motiva a las personas a esforzarse y trabajar, un incentivo que sí existe en el sistema de libre mercado.

Pero Mises dijo, hay una idea que no ha sido considerada demasiado, y es la idea de si el socialismo como sistema puede de hecho funcionar, en otras palabras, ¿tienen los planificadores centrales en el sistema socialista las capacidades y condiciones necesarias para gestionar los asuntos económicos con éxito? Su respuesta fue no. En una economía de mercado la producción está guiada por la demanda esperada de consumo de la gente, los empresarios y emprendedores en su afán por hacer beneficios y evitar pérdidas, deben gestionar los recursos de manera que minimicen los costes de producción en relación a los ingresos esperados por ofrecer los bienes y servicios que los consumidores quieren comprar.

Los precios en dinero de los bienes de consumo final y de los medios de producción, ambos influyen en dicho proceso de toma de decisiones. Los precios de los bienes de consumo le dicen a los emprendedores lo que los consumidores quieren, los precios de los medios de producción, la tierra, los trabajadores y el capital, les dicen cuál es el coste de producir esos bienes haciendo uso de distintos recursos, distintas materias primas, y en distintas formas de combinación. La función del emprendedor es encontrar la perfecta fórmula de combinación que minimiza los gastos sin perder en calidad del producto producido, para satisfacer la demanda del consumidor.

El precio de cualquiera de estos recursos, ya sea tierra, trabajadores o capital, refleja su valor en distintos usos, representado por una serie de ofertas que compiten entre ellas para comprarlos o alquilarlos por los distintos emprendedores, estos emprendedores compiten por obtener estos recursos para

la producción de una diversidad de productos. Si el precio esperado por los bienes que se espera vender no es capaz de cubrir los costes de los distintos recursos empleados en producirlos, su producción sería un desperdicio y un malgaste de recursos del planeta. Tal como Mises luego explicaría en *Burocracia*, «Para el emprendedor en una sociedad capitalista el precio de los factores de producción manda un mensaje importantísimo: No me toques, estoy destinado a la producción de otro bien más urgente y necesario».¹⁴

Esto quiere decir el sistema de precios de una economía de mercado basada en la competencia tiende a asegurar que los recursos escasos de una sociedad son destinados y usados de la forma que mejor refleja los deseos y demandas de todo el mundo en nuestro rol como consumidores. Dado que una de las características esenciales del mundo en el que vivimos es el cambio constante, cada pequeño cambio en las demandas de los consumidores, cada cambio en la disposición de los recursos, y cada cambio en los distintos usos que dar a dichos recursos son reflejados en la estructura del mercado de los precios relativos. Dichos cambios en la estructura de los precios de mercado proveen de la información para ambos, productores y consumidores, de que ahora quizás deben reajustar sus planes y decisiones, dadas las nuevas circunstancias.

La dificultad ante la que Mises había puesto a los socialistas se basaba en esta «racionalidad» del mercado, que constantemente coordina precios de venta con precios de costes, y oferta con demanda, es una característica de la que carece el sistema socialista de planificación central. Los precios emergen fruto del proceso de compraventa con todos los participantes del mercado, y la compraventa solo es posible cuando existe la institución de la propiedad privada, ley bajo la que las cosas son poseídas, usadas y transferidas mediante el intercambio voluntario a discreción de sus propietarios.

¹⁴ Ludwig von Mises, *Bureaucracy*, New Haven, Yale University Press, 1944, p. 29. [Trad. esp.: *Burocracia*, Unión Editorial, Madrid, 2005].

Y más todavía, en el capitalismo la compleja red de transacciones de mercado es solo posible mediante el uso de un medio de pago aceptado por todos, el dinero. Con todos los productos y recursos comprados y vendidos en el mercado mediante un medio de cambio, sus respectivos valores de cambio se expresan en términos del mismo común denominador, los precios de dinero. Este común denominador de precios de dinero es un factor clave en hacer posible la función del cálculo económico, es decir, la comparación relativa de los precios de coste con los precios de venta.

El objetivo principal de prácticamente todos los socialistas en el siglo 19 y la mayoría de ellos en el siglo 20 era la abolición de la propiedad privada, la abolición de la competencia de mercado, y la abolición de los precios y del dinero. En su lugar, el Estado nacionalizaría los medios de producción, y como «mano de confianza» de los intereses de la «clase trabajadora» centralizaría todas las actividades económicas de la sociedad. El comité de planificación central determinaría el qué sería producido, de qué forma se había producido, dónde sería producido, y finalmente también orquestaría la distribución de los productos producidos entre los miembros de la nueva «sociedad paraíso de los trabajadores».

Mises demostró que la eliminación de la propiedad privada pondría fin a esa fuerza de racionalidad económica (el orden espontáneo). Sin la propiedad privada sobre los medios de producción y un mercado competitivo en el que los emprendedores rivalicen entre ellos pujando por esos recursos basados en la cantidad de valor que estiman computan-aponan dichos recursos en la totalidad de la realización de los productos expresada como valor de beneficios, no habría forma de conocer el verdadero coste de oportunidad del uso de dichos recursos de entre la multitud de proyectos y usos que se le puede dar sin dicho libre mercado, sin dicha propiedad privada. ¿Cómo podrían los planificadores centrales saber si están malgastando los recursos de la sociedad en sus decisiones de producción? Tal como Mises resumió este dilema «No

es virtud desconocer si lo que uno hace ayuda o no a alcanzar el propósito buscado. La gestión socialista será como forzar a un hombre a vivir su vida ciego». ¹⁵

Incluso si un sistema socialista no fuera controlado por brutales dictadores si no en cambio por buenas personas, angelitos que solo pretenden hacer el bien por la humanidad, incluso si los incentivos por trabajar no se disminuyeran o eliminasen por la abolición de la propiedad privada, Mises fue capaz de demostrar que la misma estructura institucional del socialismo hacía imposible que con esto se lograra «el paraíso terrenal», lejos del superior, productivo e innovador sistema de libre mercado. ¹⁶ Y fue esto lo que le permitió a Mises declarar a principios de la década de 1930, cuando el entusiasmo en reclamo del socialismo estaba alcanzando su pico, que, «Desde el punto de vista de la política y la historia, esta prueba es el descubrimiento más importante hecho por la teoría económica... por si sola permitirá a los futuros historiadores entender por qué la victoria de los movimientos socialistas no condujo a la creación del nuevo orden socialista». ¹⁷

Las conferencias de Mises en San Francisco

Mises decía que una importante crítica contra el socialismo tenía que tratar algo más que su fracaso como sistema económico. Era necesario también refutar los fundamentos filosóficos y políticos de la teoría marxista y socialista del hombre y la sociedad. En su libro *Socialismo* de 1922 se encomendó a esta misión con gran detalle, y tiempo después de haber impartido

¹⁵ *Ibíd.*, p. 30.

¹⁶ Véase también Richard M. Ebeling, «Why Socialism is “Impossible”», *The Freeman: Ideas on Liberty*, octubre de 2004, pp. 8-12.

¹⁷ Ludwig von Mises, «On the Development of the Subjective Theory of Value» [1931], en *Epistemological Problems of Economics* [1933], Nueva York, New York University Press, 1981, p. 157.

estas conferencias regresó a esta cuestión en su trabajo *Teoría e Historia*.¹⁸

Lo que Mises ofreció a aquellos que asistieron a estas conferencias a finales de junio de 1952 fue un claro y riguroso retrato de los errores fundamentales del marxismo, de su materialismo dialéctico y de la lucha de clases, así como un análisis histórico de los frutos de la Revolución Industrial que coincidió con el surgimiento de la sociedad capitalista moderna. Mises también explica la función del ahorro, la inversión, y la función de las pérdidas y ganancias como motores del progreso económico y progreso cultural, lo que ha sido responsable de la eliminación de la pobreza que la humanidad había padecido durante toda la historia.

En una interesante conferencia, Mises expone la naturaleza y funcionamiento de los mercados financieros, y la importancia de tener, para el funcionamiento de las sociedades, de tasas de interés libres de la manipulación de los gobiernos y libres de inflación.

Asimismo, Mises explica cómo la inversión extranjera en muchas de las naciones subdesarrolladas no ha sido la causa de su pobreza o su explotación como los socialistas claman, sino que es de hecho una de las causas del progreso y la propiedad de millones de personas en esas naciones.

Todas estas ideas están enmarcadas dentro de la imagen mayor del enfrentamiento entre el individualismo y el colectivismo, la importancia de la libertad para la dignidad y la mejora de cada ser humano, y los riesgos de abandonar la libertad al control de papá estado. A lo largo del texto el lector encontrará la imagen del liberalismo clásico de una sociedad libre y próspera.

Igual que una de las anteriores series de conferencias de Ludwig von Mises impartidas en 1951, que fue publicado por

¹⁸ Ludwig von Mises, *Theory and History: An Interpretation of Social and Economic Evolution* [1957], Indianapolis: Liberty Fund, 2005. [Trad. Esp.: *Teoría e Historia*, Unión Editorial, Madrid, 2004].

la FEE bajo el título *The Free Market and Its Enemies*,¹⁹ una de las cualidades de *Marxismo desenmascarado* es su cualidad en capturar la esencia de Mises como profesor. A diferencia de muchos de sus largos y extendidos escritos, estas conferencias se caracterizan con numerosas notas históricas y ejemplos de sentido común que encapsulan el espíritu de la palabra hablada.

Estas conferencias, como las previas, fueron transcritas, palabra por palabra por Bettina Bien Greaves, miembro del equipo de la Foundation for Economic Education. La señora Bettina Bien Greaves es una de las expertas más importantes sobre las ideas y escritos de Ludwig von Mises, y su apreciación por las ideas de Mises son la razón del cuidado detalle con el que transcribió las conferencias. Sin ella, sin su trabajo, dedicación y rigor académico no tendríamos estas conferencias para publicarlas en papel, y es la razón del enorme agradecimiento que sentimos hacia ella.

Cuando Mises impartió estas conferencias el marxismo socialismo parecía estar conquistando el mundo. Hoy y a pesar de la caída del muro de Berlín y el colapso de la Unión Soviética en 1991, la crítica marxista del capitalismo sigue viva a lo largo del mundo en todas aquellas personas que buscan acabar con la libertad del ser humano y el libre mercado,²⁰ por eso lo que Mises dijo hace más de 50 años sigue siendo válido hoy.

Por ahora, disfruta de «escuchar» a uno de los economistas más brillantes del siglo 20 con la lectura de este libro.

¹⁹ Ludwig von Mises, *The Free Market and Its Enemies: Pseudo-Science, Socialism, and Inflation*, Irvington-on-Hudson, N.Y., Foundation for Economic Education, 2004.

²⁰ Richard M. Ebeling, «Is the “Specter of Communism” Still Haunting the World?», en *Notes from FEE*, marzo de 2006.